

De la geopolítica a la geoeconomía:

Primeros pasos de los geógrafos

Friedrich Ratzel, geógrafo y naturalista, nació en 1844 en Karlsruhe, capital del entonces Gran Ducado de Baden; después de ser profesor en Munich, en 1886 impartió cátedra en Leipzig. Diez años más tarde publicó el ensayo *Leyes del crecimiento espacial de los estados*, inspirado por las expansiones espectaculares de Rusia hacia el este y de Estados Unidos hacia el oeste, ambas con afanes insaciables de más territorio.

En 1897 publicó *Geografía política*, el mejor conocido y más importante de sus libros, donde estudia la relación de los estados con su entorno geográfico y concluye que los factores geográficos son decisivos en el desarrollo de las naciones; por ello, la geografía condiciona el destino de la humanidad. La tesis no era nueva, pero la exposición fue brillante. Para Ratzel lo más importante era el *lebensraum*: el espacio vital de cada país, que debía tener el tamaño suficiente para cubrir los requerimientos nacionales de materias primas y alimentos. Falleció en 1904, cuando aún impartía cátedra en Leipzig.

Uno de los admiradores y en cierta forma continuador de la obra de Ratzel fue Rudolf Kjellén, nacido en 1864 en la ciudad sueca de Törso (murió en 1922). Germanófilo furibundo, durante la gran guerra Kjellén

fue partidario de que Suecia luchara al lado de Alemania. Fue profesor de ciencia política, primero en Göteborg, en 1901, y luego en Uppsala, en 1916, año en que publicó su libro más famoso: *El Estado como ser vivo*. En la idea precursora de la geografía política el autor sueco encontró el puente entre ciencia natural y ciencia política. Defendió como artículo de fe que el Estado nace, crece y muere en tanto ser viviente; Ratzel ya había difundido este concepto, pero aclarando que se trataba de una metáfora. El libro de Kjellén se tradujo al alemán en 1917 y tuvo una calurosa recepción en Alemania, sobre todo entre los miembros del Estado Mayor encabezado por el general Erick Ludendorff. En el texto se sostiene que el Estado posee fuerzas superiores a las de los seres humanos que lo forman. Kjellén acuñó el vocablo *geopolitik*, uno de los cinco aspectos de su sistema coordinado de política; los otros cuatro eran la *demopolitik*, la *sociopolitik*, la *ekonomopolitik* y la *kratopolitik* (de *kratos*, autoridad).

El tercer autor de la lista es Sir Halford John Mackinder, natural de Gainsborough, Inglaterra, donde nació en 1861. En 1883 se graduó en la Universidad de Oxford, con honores, en ciencias naturales; al año siguiente lo hizo en historia moderna y dos años después se convirtió en profesor. De 1889 a 1904 fue director-fundador de la Escuela de Geografía de la misma Univer-

sidad. Luego pasó a ser el primer director de la famosa Escuela de Ciencias Económicas y Políticas de Londres, cargo al que pronto renunció, pero permaneció en la institución como profesor de geografía económica durante 18 años. En 1904 presentó un trabajo en la Real Sociedad de Geografía –de la que fue presidente– sobre el papel del factor geográfico en la historia. En este ensayo desarrolló la idea del "corazón terrestre" formado, según él, por la región de Asia y el este de Europa, lo que más o menos fue después la URSS. Tal espacio era parte de la "isla mundial", es decir, el "viejo mundo". Alrededor del "corazón terrestre", las tierras marginales de Eurasia y una cadena de islas formaban, con América, el "arco insular exterior" que fue la base de las potencias marítimas. El poder terrestre se fortaleció con el desarrollo de Siberia, el avance de los ferrocarriles y, en general, la mecanización del transporte. El segundo poder superaba al primero. Mackinder falleció en 1947, cuando se cerró la "cortina de hierro" y había surgido un tercer poder: el aéreo.

Karl Haushofer, general del Estado Mayor alemán, asimiló las ideas de los tres autores y elaboró su concepto de geopolítica, a la que definió con estilo críptico como "la ciencia que trata de la dependencia de los hechos políticos frente a los factores geográficos", es decir: la manera en que

una lectura del siglo XX

"el medio geográfico *determina* las acciones de los grupos políticos".

El general, su ayudante y el cabo

Haushofer nació en Munich, Baviera, en 1869. Después de cursar la carrera militar, en 1911 se doctoró en geografía en la Universidad de Munich, con una tesis sobre Japón (donde estuvo comisionado). Luego de la derrota alemana en 1918, regresó a su ciudad natal y al año siguiente ingresó en la universidad local como profesor de historia militar y de geografía política. De Mackinder tomó el concepto de "corazón terrestre" (que lo deslumbró); de Ratzel, los de "espacio vital" y "ley del crecimiento espacial de los estados", y de Kjellén, el de "geopolítica", la concepción de *autarquía* y la idea de que el Estado es un organismo vivo. En la Universidad de Munich creó el Instituto de Geopolítica, que desde 1924 editó una modesta revista (*Zeitschrift für Geopolitik*), cuyo primer número incluyó un artículo de Haushofer sobre la "ley de los espacios crecientes".

Si el general-geógrafo no perdió el tiempo, tampoco lo hicieron algunos antiguos compañeros de armas con quienes mantuvo estrecho contacto. Estos militares se dedicaron a buscar formas de burlar el Tratado de Versalles que permitía a Alemania tener un ejército de sólo 100 000

hombres. Así, pudieron crear una gigantesca academia militar que preparó a oficiales y tropas para la revancha. El ejército soviético, al que proporcionaban asistencia técnica, les sirvió como instrumento para realizar prácticas militares y probar nuevas armas. Haushofer y sus seguidores advirtieron que la lucha por el espacio vital de un Estado entra en conflicto con los espacios vitales de los estados circundantes, lo cual conduce a la guerra, a la geopolítica de guerra, a la geoestrategia.

Entre los colaboradores y discípulos de Haushofer figuró Rudolf Hess, correligionario y hombre de confianza de Adolfo Hitler, el excabo condecorado con la Cruz de Hierro que se convirtió en consejero del nuevo ejército alemán, responsable en Munich de la educación política de los soldados y miembro del servicio militar de información política. Después del fallido levantamiento del 8 de noviembre de 1923 que dirigió Ludendorff, Hitler fue encerrado en una cómoda prisión, donde dictó *Mein Kampf* a Hess y recibió visitas periódicas de Haushofer. El triángulo general-ayudante-cabo funcionó, de modo que en las páginas del libro de Hitler se refleja la geopolítica de Haushofer. El general, o mejor dicho los generales, creyeron que dominarían al cabo, pero éste se impuso y a la postre los llevó a la derrota y a Haushofer al suicidio en 1946. En esta

historia fatal, la actuación de los generales pasó del respaldo inicial a la renuencia posterior, para culminar con el frustrado magnicidio a cargo del coronel Von Stauffenberg. El atentado provino de un vasto complot, cuyo fracaso tuvo como resultado una feroz represión en la que sucumbió Stauffenberg y se obligó al suicidio al mariscal Erwin Rommel.

Los generales no querían la guerra, Haushofer tampoco, menos aún contra la Unión Soviética. Sin embargo, la suerte estaba echada y el Führer, fiel a la tradición teutónica, ordenó la marcha bélica hacia el Este en el verano de 1941. En ese tiempo se publicó en las numerosas ediciones multinacionales de la revista estadounidense *Reader's Digest* un artículo sobre "los mil científicos detrás de Hitler", en el cual se atribuyó a Haushofer y su grupo una influencia determinante en el pensamiento del Führer, lo que no era totalmente cierto. El artículo causó sensación, según refiere Hans W. Weigart en el libro *Geopolítica, generales y geógrafos*, publicado en 1942.

Al atacar a la URSS, Hitler cometió el error que le costaría la vida y la existencia del III Reich. Los generales empujaron al enemigo, pero no lo envolvieron ni lo derrotaron, de suerte que pudo reaccionar vigorosamente y la guerra cambió de signo en 1943. Durante el año previo los aliados

crearon un segundo frente en el norte de África que se extendió a Italia y en 1944 abrieron un tercer frente en Normandía. Lo demás fue cuestión de tiempo.

Hitler repitió el error de Napoleón, quien antes de cometerlo soñaba con derrotar a Inglaterra en la India, corazón de su imperio. Para ello marchó a Egipto, donde el sueño se esfumó también por la derrota que Nelson infligió a la escuadra francesa en Abukir. El intuitivo Hitler deseaba la guerra con Rusia y la paz con Inglaterra. Todo parecía fácil. Los puentes se hallaban tendidos. Italia era aliada; los Balcanes, con Grecia, y las islas claves estaban ocupados; Egipto se encontraba al alcance de Rommel; la ruta de Alejandro estaba abierta y con ella el camino hacia la India, a cuyas puertas pronto llegarían los japoneses. La decisión equivocada de Hitler salvó a la humanidad de la noche de los mil años.

El 10 de diciembre de 1941 la aviación de Japón, donde las doctrinas de Haushofer encontraron profundo eco, terminó con la época del poder naval al hundir a dos poderosos cruceros ingleses en aguas de Malasia. Tres días antes, una fuerza aeronaval nipona atacó los gigantescos acorazados estadounidenses en Pearl Harbor; hundió cuatro, pero se trataba de navíos anticuados construidos antes de la primera guerra mundial. Los portaviones estadounidenses que estaban en altamar, junto con las unidades ligeras, reaccionaron de inmediato y actuaron con eficacia en el Pacífico. El poder naval cedió el paso al aeronaval, en realidad más bien al aéreo.

Los japoneses, en aparente demostración de la "ley de los espacios crecientes", marcharon en pos de su "esfera de coprosperidad". Sin embargo, isla tras isla, pron-

to perdieron su aparente dominio en el Pacífico.

En 1942 el mayor estadounidense Alexander P. de Seversky publicó en Nueva York el libro *La victoria por medio de la fuerza aérea*. En esta obra señalaba que la táctica más pertinente para vencer a Japón era atacarlo en el centro y proponía el uso masivo de la fuerza aérea, cuya eficacia habían comprobado ambos bandos. Walt Disney popularizó el libro con una película; la estrategia se adoptó y el triste desenlace fueron los holocaustos de Hiroshima y Nagasaki. Fue el fin de la geopolítica de guerra. Aún podía haber guerras convencionales, pero una tercera guerra mundial era imposible, pues entre las potencias sólo cabría el equilibrio del terror.

La geoeconomía

Los autores alemanes distinguieron otras ramas de la geopolítica, como la geomedicina, la geopsicología, la geojurisprudencia y la geoeconomía, pero sólo desarrollaron parcialmente la última, a la cual asignaron el limitado papel de investigar y planear el ordenamiento de la vida económica. Al razonar sólo en términos de geopolítica y economía de guerra, pasaron por alto el vasto y pacífico cometido que corresponde a la geoeconomía. Si en geopolítica se habla de "espacios crecientes", en geoeconomía se puede aludir al "gran espacio económico", es decir, a la posibilidad de transformar los espacios económicos afines en un espacio económico integrado, en un gran espacio económico vital.

Si la geografía condiciona el destino de la humanidad, como afirmó Ratzel, también tiene que pesar en los hechos económi-

cos. Esto se demostró desde que los hombres primitivos utilizaron las cavernas para habitarlas; desde que aparecieron los primeros recolectores y cazadores; desde que se domesticaron los primeros animales, se atraparon los primeros peces y se comenzaron a talar los árboles e incendiar los bosques; desde que surgieron las primeras civilizaciones junto a los grandes ríos y lagos; desde que se inició el beneficio de los metales. Al igual que la geopolítica no fue sinónimo de geografía política, la geoeconomía tampoco lo es de geografía económica. Ésta sólo aborda lo que ya existe, mientras que la geoeconomía trata de lo que se puede crear con la integración de varios espacios económicos nacionales.

Este tipo de integración se realizó con gran éxito a principios de los años treinta del siglo pasado, cuando los estados alemanes, sin Austria, formaron una unión aduanera (*Zollverein*) con la protección de un arancel externo común. En ese gran espacio económico pronto se completó una red caminera interconectada y surgió una amplia red de los nacientes ferrocarriles.

En mayo de 1950 el ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Robert Schuman, propuso en célebre memorándum que toda la producción siderúrgica franco-alemana formara un mercado común regido por una autoridad designada por ambas partes. Es decir, en el espacio económico germano-francés circularían libremente el mineral de hierro, el carbón, la chatarra, el hierro y el acero y sus derivados protegidos por los mismos derechos aduaneros en los dos países. El éxito de la propuesta fue tal, que en abril de 1951 se constituyó la CECA (Comunidad Económica del Carbón y el Acero), en la que participaron no sólo Alemania y Fran-

cia, sino también Italia y los estados del Benelux (Bélgica, Holanda y Luxemburgo). En septiembre de 1955 el Reino Unido se asoció a la CECA; tres años después el mercado del hierro y el carbón funcionaba con pleno éxito y a toda capacidad. Lo que no pudo alcanzar la geopolítica en 1870, 1914 y 1939, lo pudo lograr la geoeconomía por medio de un acuerdo entre iguales.

Por este prometedor camino los seis países fundadores de la CECA acordaron formar una Comunidad Económica Europea (CEE) y lo cumplieron por medio del Tratado de Roma del 25 de marzo de 1957. No importaron las diferencias de lengua y religión; se superaron los odios ancestrales acumulados en guerras seculares, y se hicieron a un lado las tradicionales disputas territoriales. A fin de cuentas todos eran europeos que compartían el ánimo de integrar un gran espacio económico pactado libremente.

A los seis países fundadores se unieron después otras tantas naciones y se constituyó la Europa de los Doce, con Alemania, Bélgica, Dinamarca, España, Francia, Grecia, Holanda, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Portugal y el Reino Unido. La ley de los espacios económicos crecientes se cumplió a tal punto que el 2 de mayo de 1992 se instauró en Oporto, Portugal, el Espacio Económico Europeo (EEE) con los doce países referidos y los siete de la Asociación Europea de Libre Comercio: Austria, Finlandia, Suecia, Suiza, Noruega, Islandia y Liechtenstein. Cabe mencionar que de estos últimos, los cuatro primeros no sólo quieren ser "asociados" sino también miembros de la Comunidad Europea.

En la Europa de los Doce existe ya libertad de movimientos de personas, capitales, mercancías y servicios. Además, conforme al Acuerdo de Maastricht, firmado el 10 de diciembre de 1991, se intenta crear una moneda común, establecer un Banco Central Comunitario así como unificar las políticas de defensa y relaciones exteriores.

Cuando se acercaba el fin de la guerra fría, Mijaíl Gorbachov habló de la "Casa Común Europea". Después ocurrieron sucesos inesperados y las economías de mercado han desplazado a las centralizadas. Rusia se mantiene en el corazón continental, pero ya no quiere ser el eje geográfico de la historia y aspira a ser uno más de los países desarrollados. Ratzel previó la Europa Unida, pero no advirtió que sería fruto del consenso.

El contagio

El éxito europeo ha animado la integración de otros espacios económicos. En 1960 la comunidad de idioma, costumbres, religión, idiosincrasia y raíces históricas propició que los países latinoamericanos firmaran los tratados de Managua y de Montevideo. Por el primero, las naciones centroamericanas, menos Panamá, se propusieron crear un mercado común y 33 años después perseveran en ello con renovadas esperanzas. Por el Tratado de Montevideo se creó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) con los países del Cono Sur y México; posteriormente se incorporaron Colombia, Ecuador y Venezuela. El proyecto marchó bien, pero con lentitud.

Los países andinos, por iniciativa de Chile, firmaron en 1969 el Acuerdo de Cartagena que creó el Grupo Andino; con la pronta salida de Chile, quedó formado por Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela. Los planes del Grupo Andino eran ambiciosos: integrar con rapidez un mercado común y planear e impulsar una industrialización conjunta. Frente a este último propósito se erigieron como obstáculo las concesiones otorgadas en la ALALC, de suerte que en 1980 se suscribió el Tratado de Montevideo II que transformó a la ALALC en la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI). Con ello se estableció una simple zona de "preferencias arancelarias", en donde subsistió el bilateralismo, y se anuló parte de las concesiones logradas a lo largo de 20 años de negociaciones.

Pese a los esfuerzos recientes para reactivar la integración subregional, hasta ahora el mercado común y la industrialización conjunta de los países andinos no pasan de ser buenos propósitos: Perú quiere separarse; Bolivia proyecta unirse al prometedor Mercosur (Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay); Colombia y Venezuela negocian un Tratado de Libre Comercio con México.

Por su parte, México se halla a punto de establecer una zona de libre comercio con las otras dos naciones de América del Norte: Canadá y Estados Unidos. La geoeconomía predomina y con ella la sentencia de que "no hay integración económica sin integración física". Los países centroamericanos comparten un istmo, pero muy accidentado, con malas comunicaciones, sin ferrocarriles conectados, y con un cor-

dón umbilical –la carretera Panamericana– que no pasa del Tapón del Darién. Algo semejante ocurre en los países andinos, a los que une la misma carretera que comienza al sur del Darién; el sistema troncal andino de carreteras y la carretera marginal de la selva no pasaron de ser felices ideas.

No puede decirse lo mismo de las naciones del Mercosur: la geografía los integra y el sistema fluvial del Plata los une. Con el Tratado de Brasilia, desde 1976 Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay constituyeron el Sistema de la Cuenca del Plata para lograr el desarrollo armónico y la integración física subregional, así como perfeccionar las interconexiones carreteras, ferroviarias, fluviales, aéreas, eléctricas y de telecomunicaciones. Los principales ríos de la cuenca del Plata son el Paraguay, el Uruguay, el Pilcomayo y el Paraná. Este último, con más de 4 000 kilómetros de longitud, es la espina dorsal de la cuenca; el río Paraná, cuyo nombre en guaraní significa "parecido al mar", se forma por la confluencia del Paranaíba y el Grande, cerca de Brasilia.

En esa cuenca se encuentran las zonas más industrializadas de Argentina y Brasil y se dispone de abundantes riquezas naturales: 75% de los recursos hídricos de Argentina, 55% de los de Brasil y 100% de los de Paraguay y Uruguay. Bolivia sueña con que se haga realidad la "hidrovía" que, por medio de los ríos de la cuenca, la uniría al ansiado mar. Con los auspicios de la CEPAL, en junio de 1990 se reunieron los países de la cuenca con España para estudiar la integración ferrocarrilera del Cono Sur. En cuanto a la red carretera, cabe destacar los proyectos en marcha para construir enormes puentes sobre los grandes ríos para facilitar la interconexión.

México se une con sus vecinos septentrionales mediante una buena red de carreteras y ferrocarriles. En general la geografía forma un armónico conjunto en América del Norte, con los más variados y abundantes recursos naturales. Esta zona y la de las Antillas –incluida Centroamérica– forman un bloque geográfico cuyo núcleo es el mar Caribe que comprende el Golfo de México. Para la integración física de la cuenca caribeña todo está por hacerse, pero el "mar y los ríos unen y las montañas separan".

La brújula apunta hacia el norte

La geografía une a México con sus vecinos del norte y, aunque no cesa en sus esfuerzos de diversificar mercados, la geoeconomía se ha impuesto. Desde hace mucho tiempo, el principal mercado de México es el del norte, al cual envía cerca de 70% de sus exportaciones. La política es de realidades y éstas llevan a consolidar y mejorar lo que ya existe, sin perjuicio de que siga la apertura hacia el resto del mundo.


Es curioso que México y España, dos países afines, hayan orientado su futuro hacia el norte, donde tienen un gran mercado, pero desde donde sufrieron invasiones y despojos en otros tiempos. Ambas naciones reciben del norte la mayoría del turismo y allí encuentra trabajo gran parte de su mano de obra excedente. Los dos países tienen sus economías ligadas al norte. Si su ubicación geográfica fuera otra, su economía sería distinta.

Con el Tratado de Lomé, varias antiguas colonias europeas en África y el Caribe se entrelazan comercialmente con la Comunidad Europea. Japón sufrió un fracaso

geopolítico, pero no geoeconómico: lo que pretendió tomar como "zona de coprosperidad" es ahora su zona de influencia económica cuyo desarrollo impulsa con inversiones.

El equilibrio del terror cede paso a la integración de grandes espacios económicos, con las respectivas economías de escala. La geopolítica, encaminada hacia la guerra, ha sido desplazada por la geoeconomía, engendradora de paz.

Si el empeño de la geopolítica era la búsqueda del espacio vital, el de la geoeconomía es la integración de los espacios económicos. La geopolítica postuló la ley de los espacios crecientes, pero la geoeconomía los ubica en el terreno económico y no en el geoestratégico. La geopolítica se fincaba en la fuerza de las armas y la "diplomacia del garrote", mientras que la geoeconomía se apoya en la razón y la negociación entre iguales. La geopolítica intentó predecir el futuro, en tanto que la geoeconomía busca encaminarlo hacia la prosperidad. La geopolítica tendía hacia el dominio mundial y la geoeconomía lo hace a la globalización económica.

En suma, la geopolítica fue una ciencia del pasado. La geoeconomía lo es del porvenir y se puede definir como "la ciencia que trata de la dependencia de los hechos económicos de los factores geográficos y estudia la forma de fomentar el desarrollo de los países mediante la integración, entre iguales, de grandes espacios económicos". 

El autor es economista y asesor permanente de la Cámara Nacional de la Industria de la Transformación.